

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Tirada: 7.700 ejemplares.

Director: **JUAN ORTEA FERNANDEZ**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada quince días, Ptas. 0,50 al mes	
20 " " " " " " " " " " " "	1,00 " "
50 " " " " " " " " " " " "	2,50 " "
100 " " " " " " " " " " " "	5,00 " "

Pago adelantado.

«Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, 144, pral.

También se pueden hacer los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73.

La correspondencia de provincias al Sr. Director de RELIGIÓN Y PATRIA. —Gijón.

La Salve

Las cinco acabaron de sonar en el reloj de la torre más cercana cuando Bachi mandó arriar el cable de popa, y previos los tres toques de silbato, el buque empezó a separarse lentamente del malecón, batiendo el agua con las anchas paletas de su hélice.

Bachi frisaba en los cuarenta y cinco años; tenía el pelo enmarañado y crespo, aunque sin canas, el rostro bastante arrugado, el color más bien tostado que moreno, y una barba espesa y sin aliño, que daban a la fisonomía los rasgos convencionales de la cabeza de un apóstol. Vestía, sobre la camiseta azul, largo y burdo capote, boina calada y tendida hacia adelante a la altura de las cejas, a cuya sombra se movían unos ojos vivos y sanguinolentos. Visto por primera vez, Bachi nada tenía de atractivo, y cuando prendida a su labio inferior la hoja de papel de paja y desmenuzando entre sus manos el tabaco en hebra de Virginia, meditaba una respuesta, el pasajero conocía muy bien que sus órdenes dictadas a media voz habían de ser cumplidas.

—Aquí, donde usted lo ve—dijo empezando a pasear por el puente, este pobre barco lleva ya treinta años de campaña, no todos malos, la verdad sea dicha, pues alguna que otra vez le han caído buenos sobordos; pero también le han caído ramalazos de padre y muy señor mío, porque estos mares del Norte traen mucho empuje y veneno, y un falucho de doscientas cincuenta toneladas no está para grandes cosas. No se defiende mal; pero las goteras de la vejez le han dejado un poco acobardado. Sobre todo cuando se encrespa la *Señorita* y se nos echa de frente, ya nos tiene usted metidos en una danza de la cual no sabemos cómo salir. Tumbo por aquí, hoci-cada por allá, crujidos y temblores por todas partes, rachas de viento y latigazos de espuma que le ponen a uno en verdadera congoja hasta que Dios se acuerda de nosotros y nos saca de allí por pura misericordia. Hay que ver a un hombre cabeceando sobre este cascarón de hierro viejo para saber lo que son las gangas de la vida; esto es nave-

gar sin defensa: las planchas de los fondos como este papel; la caldera llámela usted chatarra, con más remaches flojos que una criba...

Bachi volvió la cabeza y se descubrió con respeto, cortando de repente el hilo de su monólogo.

—Aquí se reza una Salve—dijo volviéndose hacia popa y señalando con el dedo el Santuario de Begonia que perfilaba en el horizonte su masa cenicienta bañada por el rojizo resplandor del sol poniente.

II

La noche era hermosísima: dos líneas inmensas de luz, rosada la una y amarillenta la otra, se cruzaban sobre la superficie del mar, que empezaba a cubrirse de brumas azuladas. Eran el último reflejo del sol que desaparecía en el ocaso y el primero del astro de la noche que cabrilleaban sobre las láminas oscuras, agitadas por el suave y silencioso levantamiento de las ondas. Pequeños círculos de espuma fosforescente pasaban con rapidez a nuestro costado, y siempre que un rizo suelto resbalaba con dulce rumor en la obra muerta parecía dejar huella de puntos luminosos que se extinguían poco a poco sin dejar rastro de sí.

—Un tolo—dijo Bachi, señalando a la izquierda una furtiva claridad del fondo marino, que se corrió hacia la proa con la velocidad de un relámpago. —Estos animales corren mucho, cruzan sin peligro por delante del tajamar para repetir el juego, que al parecer les divierte.

—¿Ha visto usted muchas ballenas?

—Y las he perseguido en Terranova y en Islandia, por aquellos mares furiosos y entre aquellos témpanos errantes que amagaban desplomarse sobre nosotros. Al acercarse, arpon en mano, a esos terribles animales, se necesita tener el pulso firme y hay que encomendarse a Dios.

—Como siempre, Bachi, hoy no corre peligro alguno, y, no obstante, se ha encomendado usted a la Virgen de Begonia.

—Es costumbre de toda la vida, fuera de eso, un peligro se presenta en cualquiera parte, y, en la vida arrastrada

del marino, el menor descuido le pone a un paso de la muerte.

III

A las seis de la mañana no se descubría desde el puente más que la borrosa claridad de un cielo plomizo, en el que se destacaba un pequeño círculo de resplandor más intenso, que acusaba la presencia del sol apenas levantado en el horizonte. Un vapor ceniciento, que se condensaba en gotas diminutas sobre la pelusilla del ropaje, dejaba en la obscuridad, no solamente los contornos de la costa, sino también los objetos relativamente cercanos: aquellas nieblas daban frío, traspasaban el pecho, y hacían estremecer el alma con un secreto pavor. Reinaba el *alto silencio* que compone lo desconocido, y solamente se sentía el ligero temblor de la arboladura cuando el barco se inclinaba en un balance, y el ruido metálico de las válvulas que latían a compás.

—¿Dónde estamos?

—Debiéramos estar a la vista—dijo Bachi bajando la solapa del capote—y digo que debiéramos estar porque con esta maldita cerrazón es imposible ver nada. Creo que hay Noroeste por fuera, porque las mareas vienen gruesas y tendidas, y el barco cabecea un poco; pero esto no vale nada... lo más prudente es mantenernos un poco lejos de la costa.

—¿Ve usted algo?

En aquel momento Bachi con el cuerpo echado sobre la barandilla y las manos puestas en arco sobre las cejas, miraba con insistencia la superficie del mar, cuyas olas venían de frente.

—Hay rompientes a proa—rugió de pronto dando una patada; y girando sobre sí mismo, describió con su brazo un semicírculo, indicando la virada en redondo al sorprendido timonel... Ya era tarde; una sacudida espantosa, acompañada de un crujido formidable obligó a todos a valerse de sus manos para no rodar por la cubierta, mientras el buque se inclinaba de una manera alarmante sobre uno de sus costados.

—¡Atrás toda!

Así se hizo, pero sin resultado alguno: el buque se había hincado de firme y no había poder que lo arrancara de aquel peñasco de perdición. Pronto empezaron los ruidos siniestros y los ban-

dazos más siniestros todavía que amenazaban descuadernar aquel casco sin equilibrio.

Era pavoroso el aspecto de la ola callada, semitransparente y plomiza que surgía a dos varas de nosotros como la muda aparición del hado adverso, y que se tendía sobre la obra muerta, haciéndola gemir bajo su formidable pesadumbre. Hierros y cordajes temblaban al empuje de aquella sorda resaca, como arbusto que se doblega al soplo del huracán, y el barco se enderezaba de nuevo para caer del otro lado, como se vuelve un moribundo en su postrera agonía.

—¡Botes al agua!—gritó una voz estentórea; y un coro plañidero de gritos y sollozos femeniles vino a completar el tono lúgubre de aquella escena.

Ni el peligro ni la desgracia despojan al hombre fuerte de su dignidad, y Bachi creyó llegado el momento de imponerse a toda costa.

—¡Nadie me toque un aparejo—gritó con voz entera—si no quieren que mande enterrar a todos en la cala!

Pero el tiempo pasaba, se iniciaba la bajamar y por aquel espacio desolado no se veía una lancha ni podía apreciarse en modo alguno la distancia de la costa; aquello estaba perdido.

Hubo un momento en que el rostro del capitán se cubrió de una intensa palidez; llevó sus manos a la boina, estrujándola entre sus dedos; y se descubrió; luego quedó inmóvil, rígido; cerró sus ojos y sus labios se movían febrilmente... Bachi, el valiente Bachi, estaba rezando!

Fué cosa de algunos instantes; sentimos bajo nuestros pies una tremenda sacudida; Bachi miró en torno de sí con aire de hombre beodo o soñoliento, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones de bronce:

—¡Arranca! ¡arranca! ¡Viva la Virgen de Begonia!

Y el barco arrancó ¡vaya si arrancó!; enderezándose con valentía echó hacia atrás con todas las fuerzas de la máquina, y se deslizó majestuoso entre dos filas de escollos.

—¿Hace agua?

—Ni una gota, capitán.

—Ya veremos—ya veremos, repetía Bachi, liando un cigarro de papel amarillo y tabaco de hebra de Virginia—yo conozco bien las lacras de este carromato viejo y he sentido algo que no me gusta del todo; cuando lleguemos a puerto registraremos la cala...

Era un pedrusco en forma de hacha, envuelto en algas marinas lo que el buen patrón tenía en las manos y examinaba con la más intensa emoción.

—Vea usted lo que hemos encontrado en una juntura del codaste... es un parche que la Virgen nos ha puesto para que no nos fuéramos a pique; es un remiendo en hilván, pero como Ella sabe hacerlos!

—¡Pobre Juan Bautista! ¡Cuántas veces te he visto después arrodillado ante tu Virgen con tus ojos clavados en los suyos, y en actitud de un verdadero extático!

F. I. F. ITURRIBARRÍA.

Misérias de la clase media

Los ferroviarios piden.—El ministro accede

El ministro de Fomento, por Real orden dirigida al de Hacienda, ha informado favorablemente la instancia de los ferroviarios en solicitud de que les sea suprimido el 5 por 100 que vienen tributando por primas y gratificaciones.

Es muy justa la petición de los empleados de ferrocarriles y muy noble la actitud del ministro. No es esta la primera, ni aun la vigésima vez, que decimos que el vizconde de Eza será de los contados ministros que se preocupan de algo más que sostenerse, y que ha de dejar, de su paso por el Ministerio, huellas denunciadoras de estudios, de rectitud y de inteligencia.

Verdaderamente: la vida es de día en día más difícil y más cara. Lo que no alcanzó un precio doble, ha llegado al triple del que tenía hace dos años; y son los artículos indispensables al sostenimiento de las familias: el pan, las patatas, el aceite, el carbón... cuestan tres veces lo que antes costaban.

Pero antes, la clase media, esta paciente, resignada y mártir clase social, que sabe de todos los dolores y conoce todas las miserias; este término medio que toca las desventajas de las clases pobres, vivía difícilmente porque los sueldos, pequeños y menguados por descuentos y gabelas, no eran lo bastante a mal satisfacer sus necesidades ¿qué hará hoy?

Los obreros manuales de todos los oficios han logrado un aumento de jornal, (1) proporcionado al alza experimentada por las subsistencias; sólo el empleado «disfruta» el mismo sueldo que tenía hace dos, hace diez, hace veinte años.

Con seis mil reales uno de estos desdichados ha de alimentar una familia y vivir en casa decente y vestir de cazadora y su mujer de sombrero y tener carrera sus hijos y no desentonar mucho sus hijas en el ambiente en que viven...

Si Dios no les otorga la virtud de hacer milagros de multiplicación, todo esto es categóricamente imposible.

Pues aún el Estado carga a esa miseria de sueldo el 10 por 100 de descuento y el 12 si el funcionario percibe una gratificación por trabajos extraordinarios, lejos de su residencia, de los suyos, debiendo sostenerse a sí mismo, como otra casa, independiente de la suya.

Y aún se le exige, como en Telégrafos, que tenga la energía necesaria para trabajar durante toda la noche de un día en que ya trabajó cinco horas, y ha de estar vigilante, y presto, y fuerte para que su trabajo dé rendimiento y sea útil a la Sociedad que en él confía todos sus secretos, sus anhelos, sus tristezas y sus alegrías...

Es justa, dice, la petición de los ferroviarios, el señor vizconde de Eza.

Es justísima, es necesaria, es urgente—decimos nosotros—. No tanto por lo que tiene de grande obra de misericordia, como por lo que significa de sostén de la propia existencia social.

La Sociedad es una inmensa paloma apoyada en un punto central, y sobre la que están sentados, en perfecto equilibrio, los hombres que representan las distintas clases. Si uno de ellos está molesto, si se agita sólo un poco, al cambiar de postura, queda roto el equilibrio, oscila la palanca y peligra la vida de todos los que sostiene.

T.

(1) ¡No todos lo han logrado!

Para sentenciar un pleito...

II

—De manera que ya estuvo mi mujer contándole a V. que yo soy un tal y un cual, que ella es muy desgraciada y yo un malvado?...

—Sí, se me lamentó de que tú no eres para ella como cuando os casásteis, que

tienes por completo abandonados tus deberes de familia, y esto desde luego no está bien.

—Y de como ella es y de los motivos que tuve yo para este cambio que mi mujer siente ¿no le dijo nada?

—Me habló de tí...

—Pues yo voy a hablarle de ella, porque para sentenciar un pleito hay que oír las dos partes.

—Tienes razón, por esto yo no sentencio hasta oírte a tí.

—Mientras duraron los pocos ahorros que únicamente yo a costa de privaciones llevé al matrimonio, mientras ella tuvo con qué satisfacer sus caprichos y golosinerías todo fué bien; pero se acabaron éstos, ya no había en mi casa más de qué disponer que el pequeño jornal que yo ganaba y aquí de sacar un genio-vinagre, unas contestaciones y modales que, por no armar gresca, yo soportaba. Se conoce que le iba estorbando en casa, porque todo se le volvía decir: mira, Ramón, por qué no te vas por ahí con los amigos? sal a tomar la botellina, no estés tanto en casa.—No están los tiempos para gastos superfluos —le decía yo.—Déjame aquí.—Pero me veía forzado a marchar porque en seguida, por la cosa más mínima, armaba una salsa que, aburrido yo, concluía por largarme. Creí que todo aquello sería pasajero; ¡que si quieres!, el mal iba acentuándose más cada vez; yo me lo quitaba de la boca porque a ella y al hijo que ya teníamos nada faltase, pero de poco me servía; era golosa y en dulces se gastaba lo que no se podía gastar. Además, la casa la tenía asquerosa, todo por andar *danão la lengua* con las vecinas, criticando a todo bicho viviente y queriendo adivinar majaderías con esas mujeres que echan las cartas a costa de bobos. Muchas veces, al venir yo del trabajo, me encontraba la comida atrasada y tenía que esperar, no disponiendo más que de hora y media, y llegaba un domingo y ni ropa limpia si quiera, vamos que andaba por culpa de ella mal de comida y de vestido. Dígame V., señor, con tal vida no se aburre... un santo que sea.

Yo me cansé de aguantar.

—¿Nada hiciste para poner remedio al mal?

—Todo cuanto un hombre bueno y paciente puede hacer; como si no; al parecer me *tomó de pito y silbé*, vaya si silbé, tanto que ahora ya veo le atormentan mis silbidos. Como en mi casa no encontraba la tranquilidad y buen orden que yo deseaba, que tenía derecho a disfrutar, pues estaba en ella lo menos posible, adquirí amigos, me aficioné a la *botellina*, como ella quería, y lo demás... ya lo sabrá V., porque se lo habrá contado la causanta con todos sus pelos y señales.

—Me dijo que tú la pegas, y esto es cobarde, esto es indigno de hombres. Así no se pone remedio al mal.

—La pego porque la indignación me ciega en ocasiones.

—O la bebida a la que te aficionaste, feo vicio también.

—Bueno, o la bebida. Si V. la viera cómo me trata más de cuatro veces ya

me diría: No calla aunque la maten, vamos que es una mala pécora. ¡Lo que me pesa haberme casado con ella! ¡Si hubiera dado con otros hombres que yo conozco! Yo era bueno, ella me hizo malo por no ser una buena mujer de su casa.

—Es decir que antes había un malo en el matrimonio y ahora sois dos. ¡Valiente modo de arreglar el asunto! ¡Buen ejemplo para los hijos que, si seguís así y toman el ejemplo, en vez de dos malos, tu casa será un semillero de ellos y todo ¿sabes por qué?

—Por una mala mujer.

—Y por un mal hombre, que en nada tienen los preceptos de Cristo; por unos esposos que no se han enterado como debían, al contraer matrimonio, de la Epístola de San Pablo, que les leyó el sacerdote.

Hoy muchos y muchas se fijan más en la guapeza y gallardía del tipo que en las virtudes del corazón, que en las cualidades morales de los contrayentes, tan necesarias para la constitución de un hogar cómodo y pacífico, mejor dicho: cristiano.

—Yo era bueno... aunque no así como V. dice.

—Pues ya ves con qué facilidad caíste. Estabas falto de una buena base. ¿Es que solamente hemos de sostenernos en el cumplimiento del deber mientras no haya obstáculo?

—¿No hay mujeres que saben hacer a sus hombres buenos? Pues también las hay como la mía que se empeñan en hacer a sus hombres malos.

—¿Es que tú has de querer ser un mal carpintero porque otros lo sean?

—Es distinto.

—Todo lo vemos distinto de lo nuestro cuando no nos conviene. Cuidad, un poco más los dos del cumplimiento de vuestros deberes y habrá paz, de lo contrario uno y otro pararáis en lo que paran otros. ¡Tened piedad de vuestros hijos si no queréis tenerla de vosotros mismos!

DEL CIELO

—¿Llamabas, hermosa niña?

—Sí, señor.

—¿Qué se te ofrece?

—¿No es esta casa Hospital?

—Sí, hija mía; y tú ¿qué quieres?

—Vengo a buscar a mi madre, que la trajeron el viernes enferma...

—¿Cómo se llama?

—¿No lo sabe usted? ¡Mercedes!

—¿Mercedes? Pues, ya se ha... ido.

—¿Adonde?

—¡Pobre inocente!

—¿Qué dice usted?

—¡Desgraciada!

—No puede ser; ¡no ha ido a verme!

—Es que se ha marchado al cielo.

—¿Al cielo? ¡Anda y qué suerte!

Habrán ido a ver a mi padre:

y, diga usted, ¿cuándo vuelve?

—No lo sé.

—¿No se lo ha dicho?

—No, hija; mas me parece

que tardará muchos días.

—Entonces... si me dijese

usted por dónde se va,

iría en un periquete;

¡porque tengo yo unas ganas

de que mi madre me besel...

¿Está muy lejos?

—Bastante;

pero es mejor que te quedes.

—¿En dónde? No tengo casa.

Vivía con un pariente,

y me he marchado de allí

porque sé que no me quiere,

y esta mañana me ha dicho

que me va a pegar cachetes.

—Entonces, ¿qué vas a hacer

sin nadie que te sustente?

—Pues, ir al cielo ahora mismo,

que allí tengo quien me quiere.

—Pero si eso es imposible;

sólo se va por la muerte.

—¿Dios mío! ¿Pero se ha muerto?

¡Ay, Jesús, Jesús, mil veces!

Yo también quiero morir!

Diga usted; ¿cómo se muere?

¿Estando enferma, verdad?

¿Y quién hará que yo enferme?

—¡Virgen santa, qué candor!

¡Si yo tuviera más bienes,

la adoptaría por hija!...

pero no importa, los tiene

el Señor que no abandona

al que a la niñez proteje.

Se me ha ocurrido una idea...

No llores, hija, y atiende:

¿has conocido a tu padre?

—No, señor, sólo tres meses

tenía cuando se fué.

—¿Y deseas conocerle?

—Sí, señor; por eso al cielo

quiero ir, ya que él no viene.

—Pues ya ha venido, hija mía.

¡Yo soy tu padre! que al verte

desde el cielo esta mañana

he venido a socorrerte,

ya que tu madre se ha ido

y no tienes quien te bese.

—¿Usted mi padre?

—Sí hija:

Ven a mis brazos, ya tienes

quien te quiera, quien te mime

como tu madre Mercedes.

ALONSO PUERTA SÁNCHEZ.

Del pícaro mundo

¿DISCURREN?

Toman algunos y leen nuestro periódico u otro de la misma sana propaganda en los que se demuestra con argumentos irrefutables, y mejor, con hechos elocuentes, el error en que viven bastantes de nuestros hermanos respecto de las cosas de la Religión, por ejemplo, que el suicidio lleva al alma del que lo comete, en su rebeldía contra el Autor de la vida, a padecer eternamente; que la murmuración y la calumnia son pecados gravísimos en su falta de caridad con el prójimo; que la blasfemia es impropia de seres racionales, y por tanto aberración humana; que por ningún concepto debemos prestar ayuda alguna a los propagandistas del mal en sus periódicos, sus teatros, sus cines, sus libros, etc., etc.

Pues como si no lo entendieran. Acto seguido vuelven a las andadas.

¿Discurren? ¿Son necios o tontos?

Sigamos nuestro sistema de enseñanza, que otros saben muy bien aprovecharse de él en beneficio de sus almas.

RARA AVIS

¿Soñamos o será cierto? Tenemos un ministro de Fomento, el Sr. Vizconde de Eza, que gobierna con talento y patriotismo. Quien lea en estos días cuanto hizo en poco tiempo, (otros invirtieron siglos), cuanto proyecta para conseguir y cuanto se desvela en bien de la nación

y de las clases populares, atendiendo casi en el acto cuantas observaciones y mejoras se le proponen, no podrá menos de decirse: ¿se habrá Dios apiadado de nuestra pobre España y empezará, por partes a darnos un buen gobierno? ¿Quién sabe?

De mí he de decirles que me siento tan desconfiado, que no sé si para cuando estas líneas vean la luz pública, con permiso del censor, no le habrán puesto sus compañeros de Gabinete, la zancadilla para que caiga y no les deje feos en la conducta que es habitual a nuestros gobernantes liberales.

Hay quien propone que el incomparable ministro y buen católico Vizconde de Eza, se fije en el Ministerio para bien de la patria, pero... pero... ya verán ustedes.

CAMELOS

—Pobre hija mía, tan jovencita y qué aplicada al taller. Desde las ocho de la mañana hasta la una y desde las dos hasta las ocho y las nueve de la noche. Cuando no vela hasta las once que es muchas veces.

(Esto dice una mamá sencilla creyéndolo todo de buena fe. Si ella supiera que eso de las horas de taller es un timo. Que casi todo el día y casi todas las noches se la ve pendongueando por esas calles, teatros y bailes del diablo y con señoritos!)

—Pues a pesar de tanta aplicación, sigue la buena mamá, aprende muy poco. Voy a cambiarla de taller.

—Mamás buenísimas, informaos mejor de la conducta de vuestras hijas fuera de casa. Quizás os veais, muchas, dolorosamente sorprendidas.

¡OH, EL LUJO!

Las señoras de la Conferencia en la casa de una de sus pobres.

—No la hemos visto a V. hoy en nuestra Comunion, como nos lo había prometido.

—¡Ay, señora, ni falda un poco decente tengo para presentarme. Vean cómo ando!

Las señoras observaron que en el cuarto inmediato estaba colgado un elegante vestido, el de la hija, y sobre una silla unos zapatos a la última. Sin duda no hubo tiempo de ocultarlos convenientemente.

EL SEÑOR

Don Gregorio Alonso y Alonso

prestigioso comerciante y suscriptor nuestro

falleció en Gijón el 27 del pasado Julio

a los 56 años de edad

Recibió los Santos Sacramentos

y la Bendición Apostólica

Rueguen por él nuestros piadosos lectores.

Reciban nuestro más sentido pésame su viuda doña Ramona Suárez Pico, que tanto se interesa por nuestra propaganda, sus hijos, hermanos y demás familia.

R. I. P.

